



Desesperación.

Angustia.

Asfixia. Aire. Te falta. Lo buscas. Te escucho aspirar con fuerza, tus labios morados, tu cuerpo exangüe.

Vida.

Algo queda en ti.

Tiempo para que me aceptes.

Te vuelvo a escuchar, abres tu boca en un intento de comerte el aire y cierras los ojos en un último signo de negación, para no ver la negrura que se te viene encima, irremediable.

Silencio.

Oscuridad.

No me aceptaste. Pero formé parte de ti desde que tomaste esa decisión. Desde que tus manos llevaron a mi mejor aliado a tus labios. Tu primer cigarrillo.

¿Lo recuerdas?

HEIDI SAAVEDRA PÉREZ. Panamá, 1975. Estudió Medicina en la Universidad de Panamá (2000). Se especializó en Psiquiatría en el INSAM (2006). Diplomada en Psicooncología en el Hospital Marie Curie. Estudios en Terapia Cognitiva Conductual. Postgrado en Docencia Superior. Trabaja en la Policlínica "Manuel Ferrer Valdés" del Seguro Social y en el Hospital Paitilla. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.

Más que amigos

POR FEDERICO RODRÍGUEZ G.

A pesar de lo que pasó después, con frecuencia recuerdo aquella época anterior a que él se decidiera a destaparse ante mí, cuando, totalmente inocentes, aún éramos simplemente amigos.

Desde niños fuimos cómplices en todo. Además de vecinos, cursábamos el mismo grado, así que siempre hacíamos juntos nuestras travesuras. En clase, algunas veces él estudiaba y yo me limitaba a copiar, pero en otras ocasiones me tocaba a mí hacer la tarea, por los dos. Aunque yo no entendía por qué razón mi papá no quería vernos jugando juntos, en los deportes él nunca pudo conmigo, y por eso ahora se me ocurre pensar que quizás ya desde entonces él tenía esa espinita dentro. En realidad no me extrañaría comprobar que todo venga de allí, porque, si bien yo me destacaba en lo físico, él, en cambio, era más creativo y con tendencia hacia lo artístico. Por eso veo en los sucesos actuales una especie de desquite planeado por él durante todo este tiempo, quizá como una manera de resarcirse.

Las hormonas y la adolescencia nos encontraron desprevenidos y pensando todavía en chiquilladas. A ambos nos tomó un par de años asimilar poco a poco los cambios y el desarrollo. Yo me estiré rápidamente, de seguro gracias a mi afición por los deportes, mientras él se quedó bajito pero, ¿qué culpa podía tener yo? Le tomó más de tres años alcanzar mi estatura y los otros muchachos

contaban historias de cómo su mamá lo llevó a un médico para que le recetara suplementos vitamínicos, con el propósito de hacerlo crecer.

A decir verdad, ninguno de los dos tuvo muchos noviazgos. En vez de eso, cuando salíamos a fiestas u otras actividades sociales con otros chicos de nuestra edad, nos divertíamos en grupo, pero siempre regresábamos solos a nuestras casas. En ese tiempo todavía éramos meramente los mejores amigos, pero ya cada uno confiaba totalmente en el otro. Nos contábamos si nos interesaba alguien y hasta nos dábamos recomendaciones para conseguir el objetivo con el sexo opuesto, aunque realmente nunca hicimos muchos esfuerzos para convertir esos consejos en realidad. Esa ironía hoy me causa gracia, precisamente porque en ese entonces nunca me pasó por la cabeza que él sería capaz de hacerme algo así.

Al terminar la escuela secundaria, salimos de nuestro pueblo hacia la ciudad, para cursar estudios universitarios. Siguiendo los pasos de mi orgulloso padre, yo estudiaría ingeniería civil. Él se inscribió en la carrera de artes aplicadas. Nadie en su familia tenía ni un ápice de artista, y por eso casi todos sus parientes y conocidos trataron de convencerlo de matricularse en una carrera "de varón", pero él se mantuvo firme en sus inclinaciones y gustos. Mientras su papá culpaba a la madre, por aquello de las vitaminas púberes, yo sí lo animé a seguir adelante, porque siempre he sido de mente abierta y no creo en estereotipos ni etiquetas.

Ese apoyo que le di sin segundas intenciones, sino simplemente por ser mi amigo de toda la vida, lo hizo apegarse aún más a mí, de manera que poco a poco fue pasando aún más tiempo conmigo. Al principio eso me pareció algo extraño, pero en realidad no me incomodó del todo, y hasta le encontré cierta lógica, siendo nosotros dos jóvenes y amigos solos en una ciudad ajena.

De hecho, esa fue la misma razón que utilizó aquel día para decírmelo todo.

—Ya no aguanto más. Necesito hablar contigo, y es algo muy serio.

—No me asustes. ¿Qué pasó?

—Yo nunca me hubiera atrevido a decirte esto

allá en casa, pero estamos lejos de todo, y eso me ha dado valor.

—Sabes que puedes decirme cualquier cosa, tanto aquí como allá. Para eso somos amigos. No importa lo que sea, cuéntamelo.

—No es nada malo, no te preocupes. Bueno, quizás sí lo es... no lo sé. Estoy muy confundido.

—Ya te lo dije, no importa lo que sea. Habla, por favor.

—Es que... No sé cómo lo voy a tomar.

—¡Dímelo ya! Si no lo haces entonces sí me voy a enojar contigo.

—Okay, ¿ya qué más da? Allá va... Tengo un amor platónico.

—¿Platónico?

—Sí, platónico, porque esa persona aún no lo sabe.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—No me atrevo. De seguro me va a rechazar.

—Pero, ¿al menos se lo has demostrado?

—Eso sí. Todos los días le bajo el cielo, las estrellas y cualquier cosa que me pida.

—La próxima vez que la veas, díselo enseguida.

—¿La próxima vez que la vea? Ese es el problema.

—¿Cuál?

—A esa persona la estoy viendo en este momento. Eres tú.

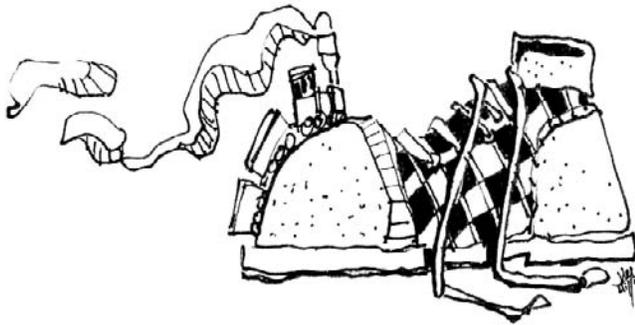
Acto seguido, sin mediar más palabras, puso su mano izquierda detrás de mi cabeza y, con toda delicadeza, posó la derecha en mi mejilla, después de lo cual cerró sus ojos y me dio un apasionado beso en la boca, lo cual me sorprendió por completo.

—Te amo —me dijo —quizás desde que éramos niños.

—¡Nunca te creí capaz de hacerme algo así! —le dije con algo de turbación, y tratando de ordenar las miles de ideas que, agitadas, en ese momento daban vueltas dentro de mi cabeza, como recién sacadas de su largo letargo por aquel sorpresivo beso.

—¿Te molestó? ¡Discúlpame!, no sé por qué lo hice.

—No te hagas el hipócrita. Seguramente des-



El maquinista y el último tren

POR LUIS ÓSCAR PITTÍ MIRANDA

de niños siempre quisiste hacerlo, pero, siendo sinceros, yo nunca te creí que tuvieras suficientes agallas para lograrlo. En realidad, me alegra que al fin te hayas atrevido —le dije, poniendo mi mano en su mejilla, en la cual pude acariciar su barba de tres días, mientras en mi rostro se reflejaba una sonrisa de oreja a oreja.

Ese día que se destapó y me robó el primer beso terminó nuestra etapa de ser simplemente amigos. Ni siquiera fue necesario que se me declarara y me pidiera formalmente iniciar una relación. Esas son cosas de chiquillos y ya ese tiempo de ser niños pasó. Ahora él es todo un hombre, y me hizo transformarme de señorita en mujer hecha y derecha, con ganas de ir más allá, para ser su esposa y madre de sus hijos. Dicen que para ser buenos esposos primero es necesario ser buenos amigos. Ahora nosotros somos mucho más que amigos, así que de seguro tendremos un matrimonio perfecto.

Federico Rodríguez G. Chitré, Herrera, Panamá. Arquitecto con Postgrado en Evaluación de Proyectos, en la UTP. En 2001, gracias a una beca Fullbright, estudió una Maestría en Planeación Física y Ambiental en la Universidad de Nueva York, donde se graduó con el mayor índice académico. Ha hecho su carrera laboral en el IDAAN, donde actualmente ejerce como Jefe de Agua Potable. Egresado del Diplomado de Creación Literaria 2010 de la UTP.

Elena la trabajadora social del Mides junto con Joaquín el fotógrafo, bajan del auto que los llevó del parque de La Concepción, a la vieja estación del Ferrocarril de Chiriquí. Observa el gran salón de espera bajo techo, sin las aglomeraciones como sucedía antes. A pesar de los años, la estructura del edificio no ha cambiado. Fija su mirada en el suelo, en el lugar en donde en una ocasión estuvieron las líneas del ferrocarril, que descansaban sobre los antiguos durmientes originales de madera, denominados polines de macano por los jornaleros. La cantidad de grasa y aceite quemado que le cayeron los han conservado casi intactos; han quedado como mudos testigos de una época de esplendor económico para la comunidad chiricana.

Elena viajó en el tren cuando era niña, ella recuerda que subió en uno denominado popularmente el motor, el cual tenía un vagón y cubría la ruta desde San Andrés hasta Aserrío; el de dos vagones se le conoció como el repollero, transportaba público en el vagón principal, en el otro lo llenaban de legumbres, verduras, café y tabaco. Existían dos locomotoras medianas con cuatro vagones cada una, en el vagón de primera clase viajaban los pasajeros con buen recurso económico, disponía de cómodas y espaciosas butacas, nadie permanecía de pie; los otros dos vagones eran de segunda clase, allí viajaba el pueblo tan aglomerados como se viaja en la actualidad en los